
Mauro Bajatierra
Cuentos Morales
Como los
- humanos

Cuento núm. 4

COMO LOS HUMANOS

CUENTOS MORALES

POR

MAURO BAJATIERRA



Biblioteca «PLVS VLTRA»
Torrijos, 18.--MADRID


IMPRENTA CAMPOS
Pedro Heredia, 1 duplicado.
MADRID

COMO LOS HUMANOS

—Mira, hijo mío, no te separes mucho de mis alas porque puede venir el señor Micifuf, que tiene su genio tan malo como sus uñas, y atraparte para hacer de ti su almuerzo.

—Ya te obedezco, papá Gorrión, no quiero que me pase lo que a mamá Gorriona, que por no hacerte caso se dejó aplastar el otro día por un auto.

—¡Chirrii.. Chirri.. chi.. chirr..!

—¿Oyes, papá Gorrión? Parece que nos llama alguien que, aunque no habla nuestra lengua, nos quiere decir algo.

—Espera, me acercaré al alero y miraré al patio; hay que ser muy precavido en la vida, hijito, para

no caer en lazos que nos hagan llorar.

—¡Chirri... chi... chirri-ii!

—Ya lo veo, es uno de nuestra gran familia alada; hasta se parece a nosotros, pero le han pintado de varios colores.

—¿Quieres que nos acerquemos, papaíto?

—No, mejor es que tú te quedes en el tejado y yo bajaré hasta posarme en su jaula; veré antes de acercarme, no sea una trampa para encerrarnos también a nosotros. Hay que ser precavidos. Tú ten cuidado, vigila, no sea que a pasos traicioneros llegue el señor Micifuf y te devore.

El señor Gorrión dando un vuelo en descenso revoloteó sobre el patio de aquella enorme casa madrileña antes de decidirse a posarse sobre la jaula del prisionero que éstaba colgada en la pared cerca de una ventana.

—¿Qué hay amigo? ¿Te quejas

por estar molesto, o te alegras por ver tu comedero lleno y tu vida asegurada?

—¡Ay!, señor Gorrión; si tú quisieras podrías ser mi salvador y yo te llevaría a vivir conmigo en mis bosques queridos.

—¿Pero quién eres tú? Tú no eres de mi familia aunque te pareces.

—No, yo soy un verderón que incautamente caí en el lazo que el hijo de mis amos—¡ay! qué desgraciado soy, he llegado a tener amo yo que siempre quise ser libre —tendió en la ribera de un hermoso arroyo muy lejos de aquí. Bajé a beber como siempre, alegre y confiado, y al levantar mi vuelo, mis patas se vieron pegadas a un junco traidor que me trababa; batí mis alas para remontarme con fuerza y mis alas quedaron pegadas también al maldito junco que me hizo suyo hasta que llegó un niño y me cogió, metiéndome en es-

la jaula que me asfixia y terminará matándome.

—Phi, pihi pihi—pió el gorrioncito desde el alero del tejado.

—Es mi hijo que me pregunta si puede bajar. Sí, hijo, baja, no hay cuidado.

—Buenos días, señor: ¿de qué te lamentas?

—¡Ay!, gorrioncito, dichoso tú que aún no sabes de dolores, pero ya los conocerás, que nuestra raza tiene muchos enemigos.

—Pues aquí en Madrid no; sólo hay que tener cuidado de los chicos y los autos en la calle y del señor Micifuf en el tejado.

—Sí; también en mis bosques hay que tener cuidado con los rapaces y las culebras, pero compensa eso el trigo riquísimo que nos comemos tomándolo de la propia espiga, balanceándonos donosamente en su caña con la música del aire y las caricias del sol. Y luego el refresco tan dulce y agradable de

las cerezas y las peras de agua, que tanto dulzor nos da que desafiamos cantando a los jilgueros.

—Yo quiero también cerezas y peras, papá Gorrión; llévame donde vive este señor.

—Cállate, chiquillo, déjame hablar con él para ver cómo sacarle de aquí.

—No va a ser posible, señor Gorrión: se necesita que viniera el señor Herrero, que es un alado de la familia que con su pico es capaz de romper todos estos hierros que me lastiman y desnudan quitándome mi bonito plumaje.

—Vas a tener paciencia, amigo Verderón; voy a buscar a un hermano mío que estuvo mucho tiempo siendo servidor de los animales de dos patas que llaman hombres y que le enseñaron muchas cosas y le llamaban pajarito sabio. Sabe sacar un papelito de entre muchos con el color que se le indique; dispara un cañoncito, da besitos y co-

me los cañamones bailando al son que le tocan.

—Piji—piji—piji; qué gracioso es el tío—rióse el Gorrioncito.

—Y como sabe todas estas cosas, también sabrá abrir la puerta de tu jaula.

—Pues anda y vuelve pronto, que estoy desesperado por ver cómo lo pasa mi familia allá en el pueblo sin mi auxilio.

Los dos Gorriones padre e hijo tendieron el vuelo en busca del hermano y tío que prisionero de los hombres, hasta que pudo recobrar la libertad, mereció el nombre insigne de Sabio.

* * *

Querido hermano, toda la mañana estamos buscándote, y si no es por la señora Canaria que cuida a sus hijitos en el palacio de la esquina no te hubiéramos encontrado.

—¡Pi... pi... pi...! Tío mío—dijo

el gorrioncito—, ¡qué vestidos más bonitos tienen los señoritos canarios; son amarillos y blancos como los traías tú cuando te escapaste de los hombres que te hicieron sabio! ¿No podrías, tú que sabes tantas cosas, hacer unos vestidos bonitos a tu sobrino? ¡Ji... jii... jiii...! —rieron los señores gorriones hermanos.

—Qué cosas tienes, gorrioncito —dijo el tío—; el vestido de los canarios son más bonitos que los nuestros, porque son otra raza distinta; pero no los envidies; eso, y el saber cantar, les condena a estar encerrados siempre, y si les dieran libertad aquí, no sabrían buscarse la comida, ni hacer nido, ni vivir como nosotros; tendrían que morirse o volver a la jaula.

—¡Pobrecitos! — respondió gorrioncito.

—¿Decías que me buscabas con interés, hermano?

—Sí; un pobre aldeano, Verde-

rín, ha caído preso en su pueblo y un niño de mala idea lo tiene encerrado en una jaula como la que te encerraba a ti. Nos ha llamado, ha pedido auxilio, hemos hablado con él y nos ha dado lástima como lloraba, recordando a su verderina y sus verderines que quedaron allá en el pueblo sin medios de vivir y sin saber qué fué del padre y compañero. Tú, que eres bueno y sabio, le libertarás.

—Claro que sí—interrumpió gorrioncito—; el tío es fuerte y bueno.

—Vamos a ver a ese pobre y haré por libertarle, que nadie sabe lo que vale la libertad hasta que se pierde.

—¡Fi... fi-fi-fi... firiri... firiri... fi! Es don Canario, que separado de doña Canaria mientras cría sus hijos, nos saluda al volar sobre su jaula—dijo Gorrión tío. ¡Saludémosle!

—¡Phi... pi... piii... pii-pipi...!—

piaron los tres gorriones atentos y educados.

—¡Tor... to,,, lá,,, tor... to... lá... tor... to... lá...!—contestó otra enjaulada al paso volando de los gorriones, contestando éstos con su piído.

—Es la señora Tórtola que vive contenta en su estrecha jaula; es una estúpida, la pude dar la libertad por su jaula rota y llorando me pidió que la dejara, que era invierno y que se moriría de hambre. ¡Imbécil! ¡cobarde!

—Ya llegamos. Mira hermano, es en aquella ventana, donde hay colgado un manojo de ramas.

—Ya lo veo; espera que mire desde aquí, me fijaré en la jaula por si conozco su puerta.

—¡Chirri... chi... chirri... chirri.. chirri...!

—Escucha, tío; nos dice el señor Verderín que no hay nadie en la casa, que se marcharon todos.

—Bajaré para verle — dijo Gorrión tío.

—Nosotros esperamos, hermano; desde aquí vemos las ventanas y te avisaremos si algo ocurre.

Y desde este alero vigilaremos por si llega el señor Micifuf, que también es nuestro enemigo.

—¡Hola, señor Verderín! ¿Qué le ocurre?

—Ya ves, amigo gorrión, me tienen preso; un chiquillo, malo de sentimientos, me cazó en mi pueblo cuando yo, tranquilo e inocente sin esperar ninguna traición, descendía a la orilla de un reguero donde teníamos la costumbre de beber todos los días mi compañera Verderina y mis cuatro pequeños verderines, que ahora no sé qué será de ellos y me llorarán perdido.

—No te preocupes tanto; los animales hombres me enseñaron muchas cosas para esclavizarme; me cortaron las alas para que no me escapara, me racionaban la comida

para que hiciera lo que ellos querían... ¡Cuánta hambre me hicieron pasar! ¡Cuánto me hicieron trabajar y cuánto se burlaron de mí! Pero en cuanto se descuidaron de dejarme crecer las alas, un día, cuando más gente había viéndome trabajar, di un salto y me planté en un árbol cercano; quisieron cazarme, se subieron al árbol porque yo no podía volar mucho, y de un vuelo corto me subí a un balcón, luego a otro y luego al tejado; busqué a mi familia y así fuí libre otra vez y no me cambio por nadie.

—¡Pi... pi... pihi... pi! Tiene razón mi hermano, señor Verderín; me dice que, "pico a la obra".

—Veamos la puerta; está muy fuerte; por aquí no. Veamos el comedero; tampoco. Mire, señor Verderín, tire del bebedero, yo empujaré desde fuera; ¡ya está! Prepárese para salir, y, sin pararse, vuele al tejado con mi familia.

... ...

—¡Pi... pii... pi... pipii...! Gracias, amigos gorriones, me habéis dado la libertad, no lo olvidaré nunca; en correspondencia a vuestra acción, si queréis os guiaré hasta mi pueblo, os presentaré a mi familia y disfrutaréis por el tiempo que queráis de bellas cerezas, sabrosas peras, riquísimas manzanas, dulces higos, moscatel exquisito y beberéis el agua más fresca y cristalina que hay en los pueblos.

—¡Piii... pi... pipipi...!—saltó gorrioncito—; vamos, papá, a casa de ese señor, el pico se me hace agua de tantas cosas buenas como nos dará de comer.

—Yo no puedo ir — dijo tío gorrión—; doña Canaria me da azúcar de la que la ponen a ella y no puedo despreciarla, y también como fruta en el palacio donde está.

—Vamos, papá gorrión; ven con nosotros, tío—pedía, zalamero, gorrioncito.

—Dentro de unos días iremos—

afirmó papá gorrión—; pero ¿está muy lejos su pueblo, señor Verderín?

—No me he orientado aún, pero si hay más de un día, pasaremos la noche en cualquier granja del camino.

—¡Aceptado!

—¡Pi... pii... pi-ji-ji!—rió gorrioncito lleno de contento.

—Buen viaje, amigo mío—dijo tío gorrión levantando el vuelo.

* * *

—Amigos Gorriones, no puedo seguir viviendo en este Madrid cochino; me muero de hambre; me da asco esa pitanza de boñigos en que picáis vosotros comiendo lo que descomen los cuadrúpedos, buscando en las inmundicias caseras los desperdicios de las cocinas, aceptando las migas de pan que os echa nuestro enemigo el hombre.

—Y siempre andando por estos malditos tejados que me rompen

las uñas con sus planas tejas. Yo nací para vivir en el bosque, saltar por las zarzas, beber en los ríos, dormir en las ramas, comer en los trigales, en los cerezos, en los perales y anidar entre los espinos rodeados de frutos y hojarasca que parecen tapices verdes y relucientes que aromatizan todo mi vivir. Dos días llevo desde que tú hermano el Sabio supo abrir el comedero de mi jaula y parezco un pájaro golfo que corre la bohemia forzada entre huecos de tejas y desmoche de paredes, sin tranquilidad, roto y sucio mi vestido, hambriento y triste; ni una sola vez he podido cantar mi alegre despertar al sol, que aquí no luce como en mi pueblo. Y yo no quiero vivir así.

—Pues señor Verderón, si tú nos das palabra de traernos aquí para el invierno, pasaremos gustosos contigo este verano.

—¡Pihi — pii — pihi! — chilló el Gorrioncito de alegría—; eso es, pa-

paíto, haremos como los chicos de la escuela que nos echan miguitas, que por el verano se los llevan fuera.

—¿Estáis dispuestos? El viaje es largo, pero yo sé orientarme y os llevaré seguros.

—¡Pues volando!...

—No te separes de nuestro lado, Gorrioncito; ya estamos fuera de la ciudad y aquí empieza el peligro de los rapaces en nuestro mundo.

—¿Tanto bueno hay por tus bosques, señor Verderón, que no puedes pasar sin ellos?

—¡Oh! sí, aquello es un paraíso; no carecemos de nada y a nadie se lo debemos. Sí, es verdad que el animal hombre suda para sembrar y cuidar sus trigos y que nosotros se los comemos...

—¡Vuela más cerca de nosotros, hijo mío!

—...pero también le ayudamos a que su trabajo sea productivo. Ya ves, nos comemos las larvas de la

antipática langosta y a ella misma, evitando que sierre las cañas del trigo y lo mate agostándolo todo; es verdad que también les comemos las cerezas; pero ¿qué sería de los árboles fruteros si no fuera por nosotros que nos comemos las orugas?

—Papaíto, me canso; nunca volé tanto, ni tan seguido, ni tan alto.

—Un poco más, Gorrioncito, hasta llegar a la sombra de aquellos árboles de una gran granja que conozco... Y ya ves, los hombres nos persiguen. ¡Ingratos! Sin nosotros se morirían de hambre...

—Pihi—pii—pihi; no puedo más, papaíto, me caigo.

—Ya llegamos; mira, Gorrioncito, descansa en esa morera que empieza a florear y hártate de comer como glotón que eres.

—¡Ajajá! Aquí descansaremos y si se nos hace tarde pasaremos la noche.

—¡Kikiriki!

—No hagáis caso, es el señor Gallo. ¡Bah! Yo los tengo antipatía porque a pesar de su empaque de gladiadores fanfarrones son de la condición del perro. Podían ser libres y se amoldan a comer lo que el hombre les da. ¡Imbéciles! El perro por guardar lo que no ha de catar; el gallo engorda y cría para que luego lo coman a él.

—¿Qué dices tú, deslenguado? ¿Piensas que no te oigo o qué?— habló el señor Gallo, hermoso y guapo vistiendo un bello traje de mosquetero bordado de oro, azul y encarnado, su gallarda cresta caída a un lado como un chambergo y calzando enormes espolones como espuelas flamencas.

—Señor Gallo, digo la verdad. Tú eres un tirano, impones tu ley y tu autoridad sobre todos esos desgraciados, que te obedecen como a señor y déspota.

—Baja aquí y te enseñaremos a usar educación con nuestro señor

y padre—gritaron varios pollos y pollitas pimpantes.

—¡Guau! ¡guau!—ladró el señor perro—. Si no os vais de esa morera llamaré a mi amo para que os dispare su escopeta.

—Calle el despreciable sujeto, señor Perro, tú eres el más tonto de todos los animales; así el hombre vive de eso que llaman tu lealtad—dijo Gorrión padre.

—Pihi—pii—piihi!—gritaba Gorrioncito alborozado por los insultos.

—¡Paú... paú... paú!—decían los pavos—,no dejáis a nadie echar la siesta en paz, con vuestros gritos.

—Es que, señores Pavos, ¿no ven a esos golfos que pican la flor de la morera? Pues si los dejamos no van a dejar que el fruto crezca, y entonces nosotros nos quedaremos sin nada—chilló una señorita Polla, que ya empezaba a zalamear con los Gallitos.

—¡Pag... pag!—decían los patos

saliendo de una charca—, siempre gruñendo los animales de tierra. ¡Uf, qué asco!

—Come, come, Gorrioncito, que de ésto no hay en las calles de Madrid, y no hagas caso a lo que dicen todos esos esclavos; nosotros somos seres libres, por eso vamos y venimos donde queremos; si ellos quieren vivir su vida, que la vivan; son incapaces de sublevarse contra el que los cría para comérselos luego.

—¡Granuja, sinvergüenza!—gritaba el señor Gallo—. Márchate y no enardezcas con tus prédicas a mis súbditos, yo soy el rey del corral y no te tolero en mis dominios.

—¡Chirrii... chirri... chi... chirr!

—¡Pii... pihii... piihi!

—¡Pihi...pi...pii!—rieron el señor Verderón y los señores Gorrión, padre e hijo.

— ¡Fanfarrón! ¡idiota! — gritó riéndose el señor Verderón—. ¡Cobarde! ¡Conque tú el Rey, éstos tus dominios! ¿Por qué no le dices eso

al señor Milano cuando baja y en tu mismo pico se lleva la mejor de tus mujeres o tus hijos?

—¡Kikirikí!—lanzó el señor Gallo indignado, queriendo lanzarse hasta la morera para picotear a los deslenguados.

—¡Sálvese el que pueda, que viene el señor Alcotán!—gritaron los pollos.

Todos echaron a correr.

El señor Alcotán, el Príncipe del aire, volaba sereno, planeando su cuerpo sobre la granja, en busca de su presa para cenar.

—¡Guau... guau!—ladraba el señor Perro llamando a su amo.

El señor Verderón hizo esconderse entre las ramas a los señores Gorriones.

—Dejad que pase el Príncipe del aire—les dijo en voz muy bajita—; si nos viera, a falta de un ave esclava, se llevaría un ave libre,; es como el guerrero entre los hombres:

mata para vivir, porque es su oficio.

El ave carnicera marchó burlada.

Los señores Pavos, Patos y el señor Gallo, con toda su familia, salieron recelosos, inclinando sus cabezas para mirar al cielo con sus ojos redondos y temblantes.

El señor Verderón, pasado el peligro, volvió a la carga de sus insultos contra los esclavos.

—Valiente fuiste, señor Gallo; si el señor Perro no ladra, hubieras dejado que el señor Príncipe del aire se comiera a vuestra numerosa familia.

—Te desprecio, asqueroso Verderón—dijo el señor Gallo con énfasis.

—Chirri... chii... chirri—rió el señor Verderón.

De pronto todo el gallinero se alborotó; una mariposilla revoloteaba por el corral y todos se lanzaron a su caza. El señor Verderón, de un

vuelo pudo cogerla en el aire y se la tragó de un suspiro.

—¡Bandido!, ¡ladrón!, ¡granuja!, ¡golfo!—chillaron locamente todos los esclavos.

—¡Guau... guau; guau, guau! —ladró desesperadamente el señor Perro llamando con tenacidad de perro a su amo.

El animal hombre apareció en el corral armado de una escopeta y al ver a los tres pájaros en la morera disparó certero.

El señor gorrión padre, muerto, cayó al suelo: los esclavos se lanzaron sobre su cuerpo picoteándole. El señor Perro, de un bocado se lo tragó entero.

El señor Verderón y el Gorrioncito huérfano emprendieron el vuelo.

—¡Lacayos!, ¡asesinos!, ¡esclavos! —decían fugitivos...

Mauro Bajatierra.